

La empresa femenina supone un continente. Parir supone un continente: es el volcar el adentro en el adentro. La transmisión de vida, supone domesticidad, un *Ubis* y, sobre todo, la posibilidad de arraigar, afincar, retener.

La mujer da vida a condición de que pueda retenerla, de que su producto pueda estar al alcance de la mano y la mirada y, desde un punto fijo que como un eco pueda volver de nuevo al punto de partida. Sin embargo, la ausencia de su figura, ese vacío, es el centro alrededor del cual giran los momentos más líricos del poema. La empresa masculina en la poesía gauchesca es hacia lo abierto. Lo ilimitado del espacio limita el amor conyugal.

No hay mujeres acompañando a los beduinos en el desierto. Tampoco en las empresas marinas. Atila, Gengis Khan, Tamerlán o Ulises, el más universal y próximo de los héroes, tampoco llevaban mujeres con sus empresas. También ellos cultivaron el amor fraternal.

El amor como acto se realiza en la figura del compañero del sufrimiento. Es así que la amistad como dimensión del amor (*Eros*) se independiza de la erótica y se desliza hacia la fraternidad (*Philia*) como fatalidad, como ciega necesidad. Esto deviene un acto de afirmación de la existencia ideal del otro. Ambos conocieron persecución, penurias y exilio y esto los hermana a otros héroes de nuestra historia.

«/ya veo que somos los dos/astillas del mismo palo/»

El vínculo establece un margen inviolable de lealtad que trasciende lo meramente personal, ese vínculo crea un espacio dinámico con las fuerzas históricas en que se despliegan y promueven esos caracteres. Es un acto viviente que prolonga la historia, destino que no se eligió, pero se aceptó y se cumplió. Su *virtus* estaría tomada, reglada e inspirada en los grandes hechos históricos.

Cruz, otro hijo errante que decide desobedecer a la autoridad, será su compañero de infortunio. Ambos deambularán por la frontera. Se retiran al desierto primitivo para alejarse de una sociedad que ya no los necesita y los rechaza en un momento crítico de la construcción de la nación. Para entablar amistad con Fierro, Cruz abandona el *status* de la civilización: deja todo. Se niega a representar la ley y se constituye en gaucho matrero.

«/Cruz le dio mano de amigo/y no lo ha de abandonar/»

Ambos pasan a ser gauchos de ningún lugar, de ninguna patria. Son hijos de la frontera. No son ya hombres de poblado, tampoco de tolde-rías, aunque puedan vivir en ellas como un indio más. El amor en el

poema no es pasional (*Eros*), sino fraterno (*Philos*). Está dirigido al compañero descastado. El héroe establece un vínculo con los que no tienen vínculos.

Este paisano desterrado estuvo en su tiempo afincado en las estancias, en los poblados antes de la quiebra del sistema político-económico que lo expulsó de su *hábitat*. El campo abierto será su nueva patria. Paisaje de inmensidad inabarcable y enigmática. La patria de la fraternidad, la patria de sus hermanos. El que no tuvo «padre», que no tuvo «hijos», será hermano de todos más allá del tiempo y la distancia.

El campo abierto será la patria de pertenencia y quien la transite será su hermano. Este campo, que es signo de libertad, de indomabilidad, le permite anclar su existencia y queda indisolublemente ligado a aquellos que la hicieron libre. Esta hermandad militante resignifica el borramiento de la noción de padre e hijo. Fue una hermandad sin práctica familiar: por eso fue sin límites.

Según la concepción griega, el *epos* heroico irradia la fuerza educadora que ha de dejar una marca indeleble en las fuerzas del alma, en la formación del espíritu. Será formación y hará transmisión de estas aptitudes en el *agon*. Así la historia de esta «lucha» toma el sentido originario que le dieron sus fundadores. De ahí en más, la historia criolla en su más amplio sentido, no podrá ser comprendida sino a partir del ideal de hermandad que forjaron estos hombres. No es posible comprender el ideal *agonal* del pueblo criollo sin comprender en profundidad el sentido original de esta agónica tragedia del «hermano-compañero».

«/Los hermanos sean unidos/esa es la ley primera/porque si entre ellos pelean/los devoran los de afuera./»

Esta relación da el marco adecuado para comprender el nacimiento del bien común como medida suprema, como meta a la que tienden las relaciones amistosas. Esta idea de compañerismo sobrevivió a su época. Aquí la «comida común» de los espartanos es sustituida por la compañía fraterna. Encausa así todas las energías naturales e instintivas. Queda enlazado (*Philos*) y echo destino. Bajo esta nueva forma, estas dos almas quedan unidas en vida y muerte y es el encomio de la oración fúnebre de Fierro a la muerte de su amigo uno de los pasajes más conmovedores del poema:

«/De rodillas a su lado/yo le encomendé a Jesús./Faltó a mis ojos la luz,/tuve un terrible desmayo,/caí como herido del rayo/cuando lo vi muerto a Cruz/»

«/Aquel bravo compañero/en mis brazos expiró./Hombre que tanto sufrió,/varón que fue tan prudente/por humano y por valiente/en el desierto murió/».

Es también ante el infortunio de su amigo Patroclo, que Aquiles decide volver a la lucha, y sobre el cadáver de éste, lamenta con patético dolor la amistad perdida. Es entonces la amistad (φιλία) = *filía*, «lo primero que amamos» en estado de crisis, de desprotección, de abandono. Es el principio que da razón de ser a toda comunidad.

El personaje es lo primero que descubre en su persecución, encarnación visible de la primacía del lazo social. Esto es ya una elección.

«/Siempre el amigo más fiel/es una conducta honrada/»

El contacto entre ambos engendra un vínculo inmortal, que sigue viviendo en el recuerdo de los hombres. Esta unidad espiritual brota del Eros y se convierte en virtud. Toda actividad creadora espiritual será tributaria de esta sublimación. De este modo, la fraternidad se incorpora a un ideal de condición humana que da sentido a todas las acciones a que consagran su vida.

La valentía y la amistad como virtudes viriles, recreadas con sabiduría poética, fueron goce artístico y modeladoras de almas, tal como concebían los griegos la poesía. Estos dos términos forman en el poema, una unidad superior (*Ethos*). La educación del carácter, aquí, es previa a la educación de la inteligencia. La esencia de este largo proceso, que llegó hasta nuestros días, configuró una ética, que descansa sobre estos principios. Norma impuesta por la naturaleza del hombre como ser social y moral, ley no escrita que dominó sus ideas. La libertad conquistada por sus mayores fue celosamente defendida y puesta siempre bajo la advocación de estos principios.

En síntesis: estos hombres que vivieron de continuo entregados a las luchas: por la emancipación, en guerras civiles, contra el indio, etc; relegaron a la familia, a la mujer y a los hijos. Carecieron de una vida familiar armónica y ésta fue la consecuencia de una colonización pedagógica que suponía que «sólo lo mejor puede engendrar lo mejor». La expulsión de toda posesión individual, incluidos mujer e hijos, preveía ya las consecuencias nefastas que tendría para este despotismo ilustrado la participación activa de estos desheredados en la vida activa de la cosa pública. El espíritu de la época establecía la idea de que la vida política sólo podía llevarse a cabo con la parte más sana y representativa de la sociedad.

«/el gaucho en esta tierra/sólo sirve pa votar»/

Más paralelo a la disociación del sentimiento de solidaridad que une a los miembros de la familia, surge con vitalidad excepcional el sentimiento de fraternidad. Entendemos que éste es el germen de una nueva ética política que más tarde hará girar al país sobre su propio eje. El respeto de sí y de su compañero formará parte de su fe religiosa. La imagen ideal de un hombre justo es posible. Este ideal forjado desde el infortunio y la injusticia será en adelante paradigma de toda práctica política nacional y popular. Esta fraternidad será en la comunidad política, la expresión de un organismo viviente dotado de logos. Recurso paradigmático que puede ilustrarnos sobre el sentido de las expresiones políticas del siglo XX.

En la recurrencia histórica, con sus retrocesos cíclicos, se observa la vigencia de esta densidad fáctica en la comunidad nacional, que por momentos le devolvió a la nación su ritmo histórico. La continuidad de esta herencia, transformada en acto creativo político con renovador carácter, abrió un espacio a nuevas fuerzas históricas que armonizaron la relación entre autoridad y pueblo. Equilibrio que resignificaría y daría sentido de acto fundante a esa *Philía*.



Carlos Sorín: *Historias mínimas* (2002)